

se caracterizan por un compendioso laconismo de estirpe becqueriana: concisos, sustanciales, de versos habitualmente enjutos, podados de las amplificaciones y el gusto por las amplias tiradas versiculares de muchos tramos del primer libro, así como de la profusión metafórica y la ampulosidad oratoria. En lo sucesivo, Costafreda ya no elevará el tono para difundir ninguna doctrina salvadora; hablará consigo, o bien con un interlocutor manifiesto o imaginario. Se ha señalado la enseñanza obtenida de Carles Riba, cuyas *Elegies de Bierville* tradujo, para explicar la sobriedad de esta elocución. Es probable el ascendiente. Pero lo cierto es que no tenía que buscar mucho afuera: la nueva hechura de *Compañera de hoy* no era realmente inédita; estaba presente en algunos de los mejores momentos de *Nuestra elegía*, que incluyó en su siguiente libro: «Aquellos poemas que prefiguraban en cierto modo mi obra posterior», indicará en una nota. Así pues, más que de ruptura, debería hablarse de ahondamiento en un tipo de dicción escueta que ya había sido incipientemente cultivada.

A pesar de no ser extenso –veintinueve breves poemas–, *Compañera de hoy* es un conjunto de matizada complejidad temática. Persiste en su enfoque el mismo combate entre fuerzas antagónicas, pero sin triunfos ni conquistas entusiastas. El punto de partida el de *8 Poemas* es el desencanto, la derrota de los sueños juveniles y una desesperanza irreductible. El agnosticismo y la falta de justificaciones morales, filosóficas o religiosas desembocan en la amargura metafísica, reiterada una y otra vez con palabras en las que se agita una angustia existencial: «terror», «miedo», «pavor», «vacío», «extra-vío»... El concepto que mejor condensa esta zozobra es la noción del vértigo («Viento sin fin, ay, nuestra vida. / Vértigo que empezó / y nunca acaba»), en un mundo que rueda mecánicamente: «Sin sentido la tierra gira, gira. / Sigue la sombra tan profunda». Otra vez, la fuente del mal vuelve a ser la conciencia y su disputa con la muerte y con una nada de raigambre sartreana. La «vida indagadora» y las interrogaciones únicamente conducen a la incertidumbre: «Vuelta sobre sí misma, la mirada humana / es, ay, tan sólo un triste desconcierto». En «El mar», un revelador poema que recrea el tópico horaciano de la vida como piélago sobre el que pilotar la nave de la existencia, Costafreda profundiza en su representación de un deambular ciego en el que tan sólo cabe dejarse llevar, manteniendo un paradójico «rumbo contra el pensamiento». La única luz que brilla en esta noche del alma es el oscuro resplandor de la muerte.

Los refugios —aunque refugios con fisuras— para tan negra intemperie son dos: el consuelo de la mujer que es «compañera de hoy», «dama de claridad» cuya mano aún puede devolver una frágil confianza; y las palabras fundadoras de la poesía, agobiadas sin embargo por un conflicto inevitable, pues no dejan de ser una limitada herramienta del pensamiento que acaba por ir contra la vida. Así lo dice un verso de *Suicidios y otras muertes*: «¿Son vida las palabras o van contra la vida?». Por otra parte, las limitaciones del lenguaje y la afasia creativa son dos motivos más de sufrimiento. Pero quienes se han ocupado de comentar los versos de Costafreda han recargado las tintas al medir la envergadura de este conflicto en *Compañera de hoy*, hasta el punto de sostener que, junto al desvalimiento existencial, es su principal tema: «La insuficiencia de la palabra para vencer la insuficiencia de la vida», escribe Pere Rovira. Incluso ha habido quien, amoldándose con exceso a esta interpretación, ha tergiversado el verdadero sentido de un texto como «Fugacidad de la palabra», poema sobre el tema de España donde Costafreda manifiesta su desengaño del influjo reformador que la poesía social podía tener, y un cansancio histórico. La «desmedida pasión», las «furiosas ansias de ti» de «Fugacidad de la palabra», dedicado a Eugenio de Nora (también ganador del Boscán en 1953 con *España, pasión de vida*) no se refieren en absoluto a la palabra, sino a un país con una historia no muy feliz. Repito que *Compañera de hoy* es temáticamente complejo, con unas cuantas composiciones difíciles de penetrar por su deixis difusa. Sólo dos o tres poemas del libro reflejan un conflicto real con la palabra; pero otros, como «Para escribir», exponen todo lo contrario. Costafreda habla en él de la «Humana fe entre la palabra inerte»: sabe distinguir las «palabras vivas» (las del poema) de las inertes que ocupan nuestra estéril cotidianidad. Esta nítida distinción ayuda a explicar un poco más sus largos silencios, y sobre todo a comprender por qué casi todos los versos de este libro nos parecen tan necesarios.

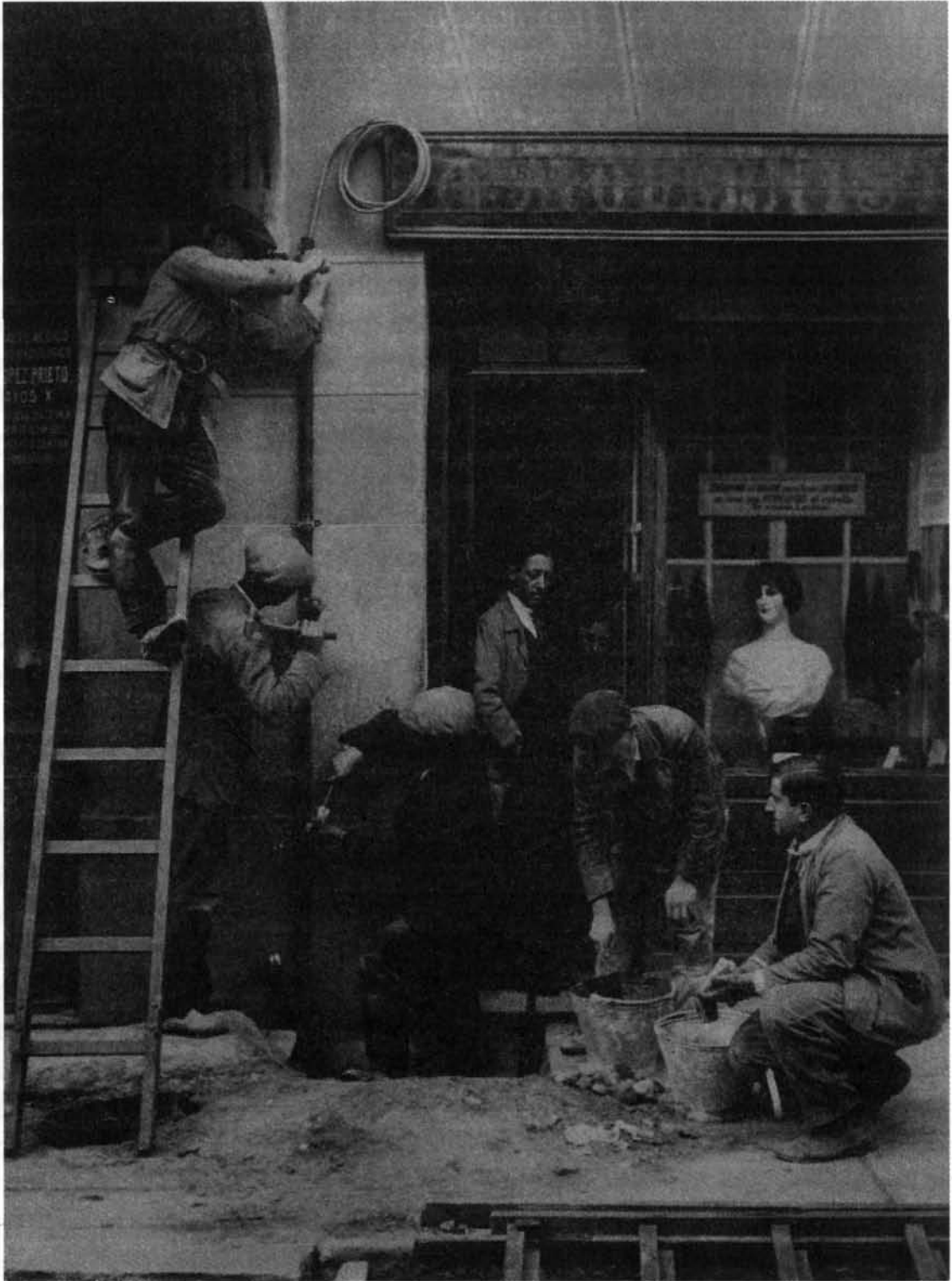
La estrategia y la rapidez son signos de nuestra época. La literatura y hasta la poesía no ha permanecido a salvo de ellos. Decía Carlos Barral que la suya era una generación lenta y perezosa, pero la diligencia de varios de sus miembros para promocionarse está fuera de toda duda. En 1966, cuando *Compañera de hoy* llegaba a las librerías, la «generación de los 50», o «del medio siglo», comenzaba a existir como concepto historiográfico; el nombre de Alfonso Costafreda, en cambio, existía cada vez menos. Era un rezagado, muy lejos del que

podría denominarse «frente» generacional. Su camino poético discurría por regiones muy separadas del realismo crítico que pocos años atrás se postulaba en *Veinte años de poesía española*. Apenas en unos cuantos poemas suyos puede reconocerse un compromiso con la historia. La suma de rupturas, alejamientos y degradaciones del periodo final de su vida hizo de él un cronista de esa reunión de muertes, un extranjero no sólo en una nación ajena, sino en medio de su propia vida. No es difícil entender que, truncados todos los vínculos, incluida la razón de ser de la escritura, el compromiso fundamental en *Suicidios y otras muertes* sea con la inexistencia. Todo en el libro apunta hacia la nada como la última de las metas posibles, hundidos los demás bienes y aspiraciones: la salud, la ilusión sustentadora del amor, inútil para una soledad sin remedio, o la tensa y oscilante fe en la palabra (aque- llos «diamantes de realidad»), todavía confortadora en los tiempos de *Compañera de hoy*. Estos poemas postreros son calas abiertas en el fracaso. La nada, pues, es la última posibilidad en un mundo expolia- do de afanes; y el suicidio, supremo ejercicio de libertad en ese rigu-roso desprendimiento de todo.

Conmueve considerar la progresiva reducción que en cada una de las obras de Costafreda sufren las dimensiones de la lucha. El cósmi- co combate entre la vida y la muerte de *Nuestra elegía*, donde el ser humano era un cazador empeñado en la procreación y en conseguir su sostén, se transforma en el último poemario en una limitada lucha per-sonal por seguir respirando («De nuevo mi garganta / lucha por respi- rar») o por no sucumbir a la locura. De la confrontación filosófica ini- cial pasa a un agonismo que funde las especulaciones con lo puramen- te biológico. A la postre, la auténtica contrincante para él termina sien- do la vida, portadora de un ambiguo legado: «de oscuridad una carga- da herencia». Más allá de las razones históricas o sociales, el mal pare- ce transmitirse con la semilla.

Lo excepcional de *Suicidios y otras muertes* me parece que es el modo tan abrupto como irradia su punzante verdad, por encima del acto retórico que casi siempre suele ser la poesía. Costafreda de nuevo insiste en la exposición del vacío y del terror, recrea más que nunca el concepto barroco de la vida como confuso sueño, como un «labyrintho sórdido» que recuerda a aquel «labyrintho de errores» del que hablaba Pleberio en *La Celestina*; y continúa su descenso existencial. Pero alcanza tal grado de concentración expresiva que rebasa todo lo que las palabras tienen de convención literaria. En *Suicidios y otras muertes*

no importa tanto el *asunto* metafísico o existencial cuanto la *expresión* concreta de un proceso psicológico. Hay un expresionismo, confesado por el autor en una lectura que hizo de algunos poemas de este libro en la Universidad de Syracuse un año antes de morir, según relata Jaime Ferrán. A primera vista se reconocen algunos de sus procedimientos: la asociación de la culpa o de la droga a aves rapaces, el léxico y la adjetivación tremendistas («grito», «alarido», «pesadilla» «atroz», «feroz», «demente»), las tonalidades lóbregas y monocromas, la dislocación sintáctica... Pero este recuento un poco profesoral de los recursos choca de plano contra la verdad de la expresión del libro, y eso es inaprensible. El solipsismo de Costafreda, ese ensimismamiento que es «objeto y fin de su propia pasión», consigue saltar a otro lado: a las estremecidas palabras.



Alfonso, 1926. Colocación de cables (Madrid)